

Coherencia lingüística

Antonio García Verduch

En más de una ocasión, los medios de comunicación escritos y orales, expresándose en castellano, se han referido a Lérida, a Gerona o a Alicante diciendo Lleida, Girona o Alacant, por citar solamente unos ejemplos.

En mis adentros, me imagino a estos comunicadores felicitándose a sí mismos por su olfato lingüístico y por su coraje en alinearse en la vanguardia de los nuevos tiempos.

¿Quién se hubiera atrevido hace año a incluir las palabras Ourense o Castelló en los lugares de una frase en castellano en los cuales debía decirse Orense o Castellón?

A estos licenciados del lenguaje se les podría sugerir que escribiesen New York, Köln, Göteborg, London o Mockba, cuando hubiesen de referirse a Nueva York, Colonia, Göttemburgo, Londres o Moscú. Si así lo hiciesen, para ser coherentes, habrían de insertar las palabras New York y London en un texto inglés. Köln en un texto alemán, Göteborg en un texto sueco y Mockba en un texto ruso.

Lo malo no es emplear determinados nombres geográficos en sus versiones de origen, sino utilizarlos para contaminar otros idiomas.

Palabras

Cuando escribimos en un idioma, la más elemental coherencia nos obliga a utilizar todas las palabras del mismo idioma, con la excepción de algunos vocablos o expresiones que gozan de amplia y antigua aceptación.

Lo correcto es que cuando se hable o escriba en catalán se diga Lleida o Girona, cuando se hable o escriba en valenciano se diga Castelló o Alacant y cuando se hable o escriba en castellano se diga Lérida, Gerona, Castellón y Alicante.

¿A quién querríamos deslumbrar si, hablando en castellano, valenciano o catalán, utilizásemos la palabra Mockba para referirnos a Moscú? ¿No se nos tacharía de estúpidos presuntuosos, obsesionados por demostrar unos pretendidos conocimientos de ruso, aún a costa de no ser entendidos y de bordear peligrosamente la cursilería?

El lenguaje es un valiosísimo tesoro de las gentes y merece el mayor respeto. Merecen igual respeto todos los idiomas, porque todos ellos son patrimonio heredado y heredable de unos determinados pueblos.

Las indebidas mixtificaciones, como la que ahora estamos comentando, a título de ejemplo, ensucian tanto al idioma cedente de la palabra dislocada, como al que la inserta, como un tumor, en su propio organismo.

Los idiomas son bellos y útiles porque son puros. Por esa razón, su pureza debe ser protegida a todo trance contra la invasión de palabras extrañas y de expresiones incorrectas. La interpenetración de los idiomas no es un signo de progresismo, sino de nefasta babelización.

Cuando se doina un idioma foráneo, además del propio, ambos deben ser utilizados, por separado, en toda su pureza. Igualmente ha de hacerse cuando se dominan tres, cuatro o más. Producen lamentable impresión las personas que, expresándose en un idioma determinado, intercalan palabras de otro, como erupciones irreprimibles, para hacer patente ante la audiencia que ese segundo idioma está igualmente implantado en el tuétano de sus huesos.

Cuando una persona, hablando o escribiendo en un determinado idioma, siente la imperiosa necesidad de utilizar palabras o expresiones de otro, para poder transmitir su pensamiento adecuadamente, no es que su pensamiento sea excepcionalmente amplio, sino que su conocimiento del idioma es excepcionalmente estrecho. Si ésto ocurre, no se debe insistir en el uso de un idioma que, para ser útil, debe ser ensuciado. Es más honesto abandonar ese idioma, e intentar mejor fortuna, expresándose en otro distinto.

Faro y guía

Los medios de comunicación deben ser faro y guía de los ciudadanos para el uso correcto del lenguaje. Millones de ciudadanos consideran que las formas correctas de expresión son las que se difunden por la radio y la televisión, o las que se ofrecen en letra impresa.

La elevada y distinguida consideración que reciben de la ciudadanía, obliga a los medios de comunicación a evitar ligerezas lingüísticas, que pueden ser semilla de dolorosas malformaciones del lenguaje popular.

Las personas que hacen uso público de un idioma son las más obligadas a velar por su pureza, y, en consecuencia, no deben sucumbir a la tentación de mixtificarlo con el uso de palabras o expresiones foráneas.

En las manos de nuestra generación se está pudriendo la hermosa herencia del lenguaje, que habrá de iluminar el camino de las generaciones venideras.

En la quietud de las aulas y en las elevadas tribunas del periodismo deben librarse, día a día, las batallas que permitan reconquistar la pureza de nuestras lenguas. De no hacerse así, una nueva Babel puede estar esperándonos al volver la esquina de este siglo.